

El presente

Primera persona

MARGARITA GARCÍA ROBAYO

Laguna Libros, Bogotá, 2018, 116 pp.

¿QUÉ ES lo que hay en el pasado que siempre terminamos volviendo a él? Podría responder que “lesiones, mayormente” (p. 47), tal como dice la narradora que resulta después de tanto ver telenovelas dramáticas. No lecciones, claro, ni aprendizajes ni moralejas: heridas, daños. Pero preguntar “qué hay en el pasado” requiere que este sea, por ejemplo, un lugar, o que siquiera *sea algo*. Requiere concederle una existencia propia. Es claro, desde las primeras páginas de este libro heterogéneo, que “el pasado” no es algo autónomo. ¿Qué es entonces? ¿En dónde está? En ningún lugar más allá que en los recuerdos mismos, es decir, en lo que queda en nosotros y en el acto mismo de recordar. Por fuera de ellos, de los recuerdos, el pasado no existe. No se trata entonces de qué hay en el pasado, sino de qué hay en nuestros recuerdos. ¿Qué hay de los otros y de mí misma, y de esas otras que son las diferentes “yo misma” de mis recuerdos? ¿Qué del mundo los habita y cómo lo habitan ellos?

La “primera persona” del título remite casi que automáticamente al yo gramatical que existe en las frases, en la aparente neutralidad de la lengua. Y ese yo es también un concepto de la psicología, el psicoanálisis, las confesiones y la autobiografía. Es fácil seguir esa vía y estampar el sello de “autoficción” en la portada de *Primera persona* y terminar esta reseña así. Pero no habríamos dicho nada. Ninguno de esos conceptos resulta útil para leer este libro. Y todavía: ¿es la “primera persona” una anterior a las demás en sentido cronológico?, ¿la que existió primero? Esta tensión constante entre la causalidad, el origen y la identidad marca uno de los ejes reflexivos del libro, que más que narrar una historia robusta y unitaria navega por los recuerdos, los explora.

Inquietudes como esta ya se podían leer en obras anteriores de Margarita García Robayo (Cartagena, 1980). *Lo que no aprendí* (Planeta, 2013; reeditada en 2014 por Malpaso) es una novela

sobre la Cartagena de comienzos de los noventa, los recuerdos familiares, los objetos que pueblan la memoria y la quimera de escribir una novela sobre todo eso. Dividida en dos partes, puede leerse como una reflexión acerca de la imposibilidad de tener control sobre los propios recuerdos y lo que significa intentarlo, particularmente cuando lo que se quiere es escribirlos.

En la segunda parte de esa novela anterior, la narradora confiesa haber comenzado a escribirla varias veces. En una de esas ocasiones, quiso escribir la historia de un barrio construido por un grupo de personas cansadas del mundo. El barrio tiene una particularidad: debajo de él hay otro idéntico, al que los habitantes pueden escapar en caso de peligro. Así como ese barrio subterráneo quisieramos que fuera el pasado: un lugar eterno, intacto, al que pudiéramos volver cuando el presente nos decepciona. De la misma forma, en “Mudanza”, el quinto texto de *Primera persona*, aparece una caja repleta de objetos aparentemente inútiles:

Si se caían del flete, si se perdían en el fondo de un canasto y reaparecían años después, nada se malograría en ellos. Serían eso mismo que Manuel miraba ahora. La ilusión de que me pertenecían era tan frágil como sólida su condición de perpetuidad. Salvo que agarrara un mazo y los hiciera añicos y lanzara por la ventana. Algún día. (p. 92)

Pero queda claro, tras la lectura, que los recuerdos no son sólidos ni es posible hacerlos añicos o lanzarlos por la ventana. Su carácter constantemente creativo y mutable no está en capacidad de ofrecernos esa estabilidad.

En la experiencia del recuerdo siempre están los otros, por lo que los textos incorporan siempre sus voces. Editadas, sí, recortadas, escogidas, ampliadas o minimizadas, pero sobre todo cuestionadas. Juegan un papel fundamental, particularmente porque su función parece ser la de desestabilizar las ideas de la narradora. Casi siempre enfrentada a los demás, en una relación casi antagónica, la narradora busca entender. Entenderse, entender a los demás. Los textos se construyen con el lenguaje de la reflexión viva, expuesta en su formación, en su ir y venir.

El proceso, inevitablemente, deja algunas conclusiones, expresadas a veces como frases lapidarias. Pero este es un efecto que dura poco, y pronto estas verdades aparentemente irrefutables tambalean bajo la lluvia de piedras de la ironía, tanto propia como ajena. Por más que se trate de una indagación, pocas conclusiones quedan de pie al final. Y, sin embargo, es quizá esto lo que termina haciéndolas profundamente sugerentes.

Pero los otros son incluso otros de sí mismos en los textos. La madre, por ejemplo, no es la misma madre en todas sus apariciones. A medida que avanzamos en la lectura, nos encontramos con retratos diversos, extraños entre ellos, a veces contradictorios, de lo que, podríamos suponer, es “la misma persona”. En una dirección opuesta a las novelas o las autobiografías, e incluso a los libros de cuentos entrelazados (esos que, por ejemplo, se conectan por la constancia de sus personajes), los personajes de *Primera persona* no son unidades, ni intentan serlo. Todo lo contrario: son imágenes momentáneas, chispazos del otro recordado. La labor de escritura, en este caso, intenta juntar esos fragmentos que ya vienen rotos, pero con la conciencia de que esta labor no puede sobrepasar los límites de cada relato. Quizá esto responda al hecho de que, en un principio, los diferentes textos (los *primeros textos*) fueron publicados de forma separada en distintas revistas latinoamericanas (*Piauí, Telar, Casquivana y Orsai*), y probablemente no fueron concebidos como parte de una unidad mayor. Una unidad que terminan construyendo en parte precisamente por eso.

Entre los temas que más atraviesan los distintos textos, como un hilo grueso, está la violencia contra las mujeres. Es quizá uno de los conectores más reconocibles por las diferentes formas en que está presente. Podemos llamarla con distintos apellidos: violencia psicológica, violencia obstétrica, violencia sexual, violencia sobre la reproducción, violencia doméstica... De alguna forma, caras todas de una misma violencia que funciona en muchos textos como su motor, como lo que mueve las relaciones entre los personajes y a la vez lo que provoca el estilo irónico del que hablé antes. En “Educación sexual”, el último texto del libro, el más largo y el

NOVELA		RESEÑAS
<p>que más explícitamente explora esto, la narradora dice:</p> <p>Por un lapso muy breve nos vi crecidas. No maduras, crecidas; adultas, un poco viejas y penosas dentro de un pozo al que ahora podía asomarme y echar luz con una linterna. Vi como un chispazo de futuro. Un futuro que se entreveía chato, inocuo y oscuro. Quise imaginarnos distintas, transformadas en otra cosa. (p. 165)</p> <p>Así como podemos mirar hacia el futuro (imaginario, claro) con una linterna y buscar la posibilidad de la imaginación de algo distinto, ¿es posible usar la misma linterna para buscar en el pozo oscuro de los recuerdos, para comprender, que es como imaginar? ¿De qué sirven los recuerdos para entender mejor las violencias del presente? ¿Cómo recordamos violencias que cobran toda su fuerza en el acto de recordarlas? ¿Qué pasa cuando esas violencias nos constituyen? ¿En dónde está su origen?</p> <p>En el undécimo libro de sus <i>Confesiones</i>, san Agustín propone la ya famosa idea según la cual lo que llamamos “pasado” y “futuro” no son más que momentos del presente. El primero es realmente el “presente de las cosas pasadas” y el segundo el “presente de las cosas futuras”. En “Historia general de tu vida” (y la ironía de la “historia” es evidente), uno de los recuerdos es el de caer de un árbol: “El golpe, piensas, no solo expulsó tu alma antigua sino que borró tu linaje” (p. 106). Se trata de una fantasía particular: la de perder el pasado de repente, la de destruir los recuerdos, como sueña la narradora de “Mudanza” que algún día hará con esa caja de cosas.</p> <p>En una charla en el café Nicanor (recogida por la revista virtual <i>Sombralarga</i>), Carolina Sanín expuso una idea muy interesante sobre el ensayo. Dice ella que si los géneros clásicos son tres: narrativa (que cuenta cómo pasa el tiempo), drama (que representa tensiones) y lírica (que contempla fuera del tiempo), el ensayo hace parte entonces de la lírica. En ese sentido, estos textos de Margarita García Robayo son ensayos, y más cuando pensamos en los recuerdos como el presente de una ausencia. No por nada en los diferentes textos, aunque la palabra</p>	<p>“recuerdo” sea constante, también lo es el presente gramatical, un presente que no es el mismo cada vez que aparece. Son textos llenos de recuerdos y llenos de “ahora” y “hoy”, es decir que pendulan entre distintas formas del presente, siempre intentando una estabilidad momentánea. <i>Primera persona</i> es como ese mar del primer texto, “un dispositivo que pincha la memoria y la hace disparar recuerdos anudados, conectados como argollas en una cadena larga y gruesa que alguna vez, quizá, te conduzca a un ancla” (p. 15).</p> <p style="text-align: center;">Jose Castellanos</p>	